



ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA

I

CÓMO FUÉ INSTITUÍDO EL
CENÁCULO DE LA BO-
HEMIA.

He aquí como el azar, que los escépticos llaman el agente de negocios de Dios, puso un día en contacto á los individuos cuya fraternal asociación debía constituir más tarde el cenáculo formado por esa pequeña fracción de la *Bohemia*, que el autor de este libro ha tratado de dar á conocer al público.

Una mañana, el 8 de Abril, Alejandro Schau-



nard, que cultivaba las artes liberales de la pintura y la música, fué despertado bruscamente por el cacareo de un gallo de la vecindad que le servía de reloj.

—¡Vive Dios!—gritó Schaunard,—mi reloj de plumas anda adelantado, pues no es posible que estemos ya en el día de hoy.

Y diciendo estas palabras, saltó precipitadamente de un mueble productó de su inventiva, y que haciendo oficio de cama durante la noche (por cierto que lo hacía mal, no hay que decirlo) desempeñaba durante el día el oficio de los demás muebles, ausentes á consecuencia del frío riguroso con que se había señalado el invierno precedente: como se ve, una especie de mueble maese Jaime (1).

Para precaverse de los achaques del fresco matutino, Schaunard se puso á toda prisa una falda de raso rosa bordada de estrellas de lentejuelas, que le servía de bata. Aquellos oropes se los había dejado olvidados en el taller del artista, una noche de baile de máscaras, una *locura* que había cometido la de dejarse sorprender por las falaces promesas de Schaunard, el cual, disfrazado de marqués de Mondor, hacía sonar en sus bolsillos las seductoras sonoridades de una docena de escudos, moneda de fantasía recortada por el cortador en una plancha de metal, y sacada de la guardarropía de algún teatro.

Cuando estuvo vestido con su traje de casa, el artista se dirigió á abrir los postigos de la ventana. Un rayo de sol semejante á una flecha de

(1) Personaje del *Avaro* de Molière, que desempeña varios oficios á la vez.

luz, penetró bruscamente en el cuarto y le obligó á entornar los ojos todavía velados por las brumas del sueño; al mismo tiempo dieron las cinco en un campanario de las cercanías.

—Amanece ya—murmuró Schaunard;—es maravilloso. Empero,—añadió consultando su calendario colgado en la pared,—aquí debe haber un error. Las indicaciones de la ciencia afirman que á esta época del año el sol se levanta á las cinco y media; no son más que las cinco y está ya arriba. ¡Celo indiscreto! Este astro se equivoca y tendré que quejarme á la oficina de las Longitudes. Sin embargo,—añadió,—será conveniente que empiece á pensar en mis asuntos; no hay duda que hoy es el mañana de ayer, y, como ayer estábamos á 7, á menos que Saturno ande hacia atrás, hoy debe ser el ocho de Abril, y si he de dar crédito á lo que me dice este papel,—dijo Schaunard volviendo á leer una orden de deshaucio fijada en la pared por un ujier,—hoy, á las doce en punto, debo haber desalojado este sitio y puesto en manos del señor Bernard, mi propietario, la suma de setenta y cinco francos por tres meses vencidos que me reclama haciendo malísima letra. Como siempre, había esperado que la casualidad se encargaría de liquidar esta cuenta, pero parece que no ha tenido tiempo. En fin, tengo aún seis horas por delante; empleándolas bien, podría ser que... ¡Ea, pues! En marcha,—añadió Schaunard.

Disponiase á ponerse el gabán, cuyo paño, felpudo en otro tiempo, estaba atacado de una intensa calvicie, cuando de pronto, como si le hubiese mordido una tarántula, empezó á ejecutar en su cuarto una danza de su composición

que, en los bailes públicos le había procurado con frecuencia los honores de la gendarmería.

—¡Magnífico! ¡Soberbio!—gritó.—Es particular como despierta las ideas el aire de la mañana; me parece que he encontrado la pista de mi canción. Veamos...

Y Schaunard, vestido á medias, fué á sentarse ante su piano, y después de haber despertado al instrumento dormido, con una serie tempestuosa de acordes, empezó, tarareando, á perseguir la frase melódica que buscaba tanto tiempo hacía.

—*Do, sol, mi, do, la, si, do, re, bum, bum. Fa, re, mi, re.* ¡Ay! ¡Ay! Este *re* es más falso que Judas,—exclamó Schaunard golpeando con fuerza la nota de dudoso sonido.—Veamos el menor... Hay que describir con precisión el dolor de una joven que deshoja una margarita blanca en un lago azul. No es una idea muy moderna que digamos. Pero puesto que está de moda y que difícilmente se encontraría un editor que se atreviera á publicar una romanza en la que no hubiera un lago azul, hay que conformarse... *Do, sol, mi, do, la, si, do, re;* esto no me disgusta, expresa bien la idea de una margarita de los prados, sobre todo á las personas fuertes en botánica. *La, si, do, re;* ¡pícaro *re*, al diablo! Ahora, para que se comprenda bien el lago azul, sería conveniente alguna cosa húmeda, azulada, con claridades de luna (porque la luna tampoco puede faltar); toma, ya va saliendo, pero no olvidemos al cisne... *Fa, mi, la, sol,*—prosiguió Schaunard haciendo chillar las notas cristalinas de la octava alta.—Falta el adiós de la joven que se decide á arrojar al lago azul, para reunirse con su amado hundido entre las nieves. Este desen-

lace no aparece claro,—murmuró Schaunard,—pero es interesante. Aquí convendría un motivo tierno, melancólico; ya va saliendo, ya va saliendo; aquí van doce compases que lloran como Magdalenas. ¡Esto parte los corazones! ¡Brr! ¡brr!—exclamó Schaunard, estremeciéndose dentro de su falda bordada de estrellas.—¡Si esto pudiera partir la madera! Hay en mi alcoba una viga que me estorba bastante cuando viene gente... á comer; encendería lumbre con ella... *la, la..., re, mi,* pues siento que la inspiración se me desarrolla envuelta en un constipado de cabeza. ¡Bah! ¡tanto peor! Sigamos ahogando á la muchacha.

Y mientras que sus dedos atormentaban el palpitante teclado, Schaunard, con los ojos brillantes y el oído atento, perseguía su melodía, que, semejante á una vaporosa silfide, revoloteaba entre la niebla sonora que llenaba la habitación con las vibraciones del instrumento.

—Veamos ahora,—repitió Schaunard,—si mi música se enlaza bien con las palabras de mi poeta.

Y canturreó con voz desagradable este fragmento de poesía, usado especialmente en las óperas cómicas y en las coplas de ciego:

Y la joven sin consuelo,
echando hacia atrás el manto,
alza al estrellado cielo
los ojos que arrasa el llanto,
y en el cristal azulado
del hondo lago argentado...

—¡Cómo, cómo!—dijo Schaunard, poseído de justa indignación.—¡El cristal azulado de un la-

go argentado! No me había fijado aún en esto; es demasiado romántico. Este poeta es un idiota, que jamás ha visto ni plata ni lagos. Su balada es estúpida; además, el corte de los versos no encaja con mi música; en lo sucesivo compondré las poesías yo mismo, y esto va á ser en seguida; ya que me siento inspirado, voy á escribir el borrador de unas coplas que se adapten á mi melodía.

Y Schaunard, apoyando la cabeza entre ambas manos, tomó la grave actitud de un mortal que mantenga relaciones con las Musas.

Al cabo de algunos minutos de aquel concubinato sagrado, dió á luz una de esas deformidades que los autores de libretos llaman con razón *monstruos*, y que improvisan con facilidad para que sirvan de cañamazo provisional á la inspiración del compositor.

Únicamente que, el monstruo de Schaunard tenía sentido común, y expresaba con bastante claridad la inquietud despertada en su espíritu por la llegada brutal de aquella fecha: ¡el 8 de Abril!

He aquí la copla:

Ocho y ocho diez y seis,
 poigo seis y lleo uno.
 ¡Oh! cuán feliz me veréis
 si en el momento opo tuno
 hallo á un ser pobre y honrado,
 que me dé cuarenta luisas
 pagaderos al con ado
 cuándo cobre mis monises.

ESTRIBILLO

Y cuando suene en el reloj *supremo*
 las doce menos cuarto,
 yo pagaré al señor Bernard, el *dueño*,
 el alquiler del cuarto.

—¡Demonio!—dijo Schaunard al terminar su composición,—*dueño* y *supremo* son un par de rimas que no pecan de millonarias, pero no me queda tiempo para enriquecerlas. Probemos ahora cómo encajan las notas con las sílabas.

Y con aquel antipático órgano nasal que le era peculiar, volvió á ejecutar su romanza. Satisfecho sin duda del resultado que acababa de obtener, Schaunard se felicitó con una mueca de júbilo que, semejante á un acento circunflejo, se dibujaba en su nariz cada vez que se sentía contento de sí mismo. Pero aquella alegría orgullosa fué de corta duración.

Tocaron las once en un campanario próximo; cada campanada entraba en el cuarto repercutiendo con sonido socarrón que parecía decir al desdichado Schaunard:—¿Estás listo?

El artista saltó de la silla.

—El tiempo corre como un gamo,—dijo,—no me quedan más que tres cuartos de hora para buscar mis setenta y cinco francos y mi nuevo alojamiento. No lo conseguiré nunca, porque la cosa entra de lleno en los dominios de la magia. Veamos; me concedo cinco minutos para pensar lo que debo hacer.—Y hundiendo la cabeza entre las rodillas, descendió á los abismos de la reflexión.

Pasaron los cinco minutos, y Schaunard levantó la cabeza sin haber encontrado nada que se pareciera á sus setenta y cinco francos.

—Decididamente no me queda otro partido que tomar para salir de aquí, que marcharme con la mayor naturalidad; hace buen tiempo y tal vez mi amiga la casualidad se pasea tomando el sol. Será preciso que me conceda hospitalidad, hasta

que encuentre medio de liquidar mis cuentas con el señor Bernard.

Schaunard, después de atiborrar con todos los objetos que pudieron contener los bolsillos de su gabán, profundos como cuevas, ató en un pañuelo algunas piezas de ropa blanca y abandonó su habitación, no sin despedirse, con algunas palabras, de su domicilio.

Cuando atravesaba el patio, el portero de la casa, que parecía atisbarle, le detuvo de pronto.

—¡Eh, señor Schaunard!—gritó cerrando el murmuró Schaunard;—no pienso en otra cosa.

—Ocho y ocho diez y seis,
pongo seis y llevo uno,—
murmuró Schaunard;—no pienso más que en esto.

—El caso es que, parece que no se da usted mucha prisa en cambiar de casa,—dijo el portero;—son las once y media, y el nuevo inquilino á quien ha sido alquilado el cuarto de usted, puede llegar de un momento á otro. ¡Conviene que despache usted!

—Si es así,—respondió Schaunard,—déjeme pasar; voy á buscar un carro de mudanzas.

—Sí, pero antes de que se lleve los muebles queda por cumplir una pequeña formalidad. Tengo orden de no dejarle sacar ni un cabello, sin que haya pagado los tres meses vencidos. ¿Traerá el dinero, probablemente?

—¡Diantre!—dijo Schaunard adelantando un paso.

—Entonces,—dijo el portero,—si quiere usted entrar en mi cuarto, le daré los recibos.

—Ya los tomaré á la vuelta.

—Pero, ¿por qué no en seguida?—dijo el portero insistiendo.

—Tengo que cambiar... No llevo sueltos.

—¡Ah! ¡ah!—repitió aquel con inquietud.—
¿Tiene usted que cambiar? Entonces, para evitarle molestias, guardaré mientras tanto el pequeño envoltorio que lleva bajo el brazo y que podría cansarle.

—Señor portero,—dijo Schaunard con dignidad,—¿desconfía usted de mí? ¿Sospecha acaso que me llevo los muebles envueltos en un pañuelo?

—Perdone usted, señor Schaunard,—replicó el portero bajando el tono de la voz,—esta es mi consigna. El señor Bernard me ha encargado expresamente, que no le dejara sacar ni un cabello antes de que le haya satisfecho usted.

—Pues mire,—dijo Schaunard abriendo su envoltorio;—no se trata de cabellos, sino de camisas que llevo á la planchadora que vive al lado del cambista, á veinte pasos de aquí.

—Esto es otra cosa,—exclamó el portero después de haber examinado el contenido del envoltorio.—Si no es indiscreción, señor Schaunard, ¿podría saber las señas de su nueva casa?

—Vivo en la calle de Rívoli,—respondió friamente el artista, quien, saliendo á la calle, se alejó más que deprisa.

—En la calle de Rívoli,—murmuró el portero metiéndose los dedos en la nariz,—es curioso que le hayan alquilado una habitación en la calle de Rívoli sin venir á tomar informes aquí; es muy curioso. En fin, él no se ha de llevar los muebles sin haber pagado antes. ¡Con tal de que el nuevo inquilino no venga con sus muebles, en el preciso

momento en que el señor Schaunard se lleve los suyos! No sería mala molestia. ¿No lo decía yo? —exclamó de pronto, pasando la cabeza á través del ventanillo.—Aquí está precisamente mi nuevo inquilino.

Seguido por un faquín que no parecía muy fatigado bajo el peso de su carga, acababa de entrar, en efecto, un joven que llevaba un sombrero blanco á lo Luis XIII.

—Diga usted,—preguntó al portero que había salido á su encuentro,—¿está libre mi cuarto?

—No, señor; pero no tardará en estarlo. La persona que lo ocupa ha ido á buscar el carro de mudanzas. Entre tanto, para esperar, podría usted mandar que depositaran sus muebles en el patio.

—Temo que llueva,—respondió el joven, mascando tranquilamente un ramo de violetas que tenía entre los dientes;—mi ajuar podría echarse á perder. Oiga usted,—añadió dirigiéndose al faquín que había permanecido detrás de él, cargado con un lío de objetos cuya naturaleza no alcanzaba á explicarse el portero;—deje esto en el vestíbulo y vuelva á mi anterior alojamiento á tomar los muebles preciosos y objetos de arte que han quedado allí.

El mozo de cuerda colocó á lo largo de la pared varios bastidores de unos seis ó siete pies de alto y cuyas hojas, plegadas en aquel momento unas sobre otras, podían, al parecer, desplegarse á voluntad.

—¿Ve usted?—dijo el joven al mozo de cuerda entreabriendo uno de los bastidores, y mostrándole un desgarrón que había en la tela.—Mire usted que desgracia, me ha roto usted mi grande

espejo de Venecia; sea más cauto en su segundo viaje, y tenga usted cuidado sobre todo con la biblioteca.

—¿Qué querrá decir con su espejo de Venecia? —murmuró el portero, examinando con curiosidad los bastidores apoyados en la pared.—Yo no veo ningún espejo; sin duda será una broma, porque no veo más que un biombo; en fin, ya veremos lo que trae en su segundo viaje.

—¿Tardará mucho ese inquilino en dejarme libre el sitio? Son ya las doce y media y quisiera instalarme,—dijo el joven.

—Me figuro que no puede tardar ya,—respondió el portero;—además, la cosa no corre prisa, puesto que aun no han venido los muebles de usted,—añadió subrayando estas palabras.

El joven iba á contestar, cuando un dragón en funciones de servicio entró en el patio.

—¿El señor Bernard?—preguntó sacando una carta de una gran cartera de cuero que llevaba colgada al hombro.

—Aquí es,—respondió el portero.

—Traigo esta carta para él,—dijo el dragón,—extiéndame el recibo;—y entregó al portero un boletín de despacho que fué á firmar en su habitación.

—Dispéñeme usted si le dejo solo,—dijo el portero al joven que se paseaba en el patio con impaciencia;—pero he recibido esta carta del ministerio para el señor Bernard, el casero, y voy á subírsela.

En el momento en que entraba el portero, el señor Bernard estaba haciéndose la barba.

—¿Qué quiere usted, señor Durand?

—Señor,—respondió éste quitándose el gorro,

—un ordenanza acaba de traer esto para usted, de parte del ministerio.

Y tendió al señor Bernard, la carta cuyo sobre ostentaba un sello del departamento de la guerra.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó el señor Bernard, con tanta emoción, que faltó poco para que se cortara con la navaja.—¡Del ministerio de la guerra! Estoy seguro que se trata de mi promoción al grado de caballero de la Legión de Honor, que hace tanto tiempo solicito; al fin se hace justicia á mis méritos. Tome usted, Durand,—ahí van cinco francos para que beba á mi salud. ¡Toma! No tengo el portamonedas, ya se los daré luego, espere usted.

El portero se sintió tan conmovido por este acceso de generosidad fulminante, tan poco usual en su amo, que se encasquetó el gorro otra vez.

El señor Bernard, que en otras circunstancias hubiera corregido severamente aquella infracción de la jerarquía social, hizo como si no lo viera. Se puso los anteojos, rompió el sobre con la emoción respetuosa de un visir que recibe un firmán del sultán, y empezó á leer el despacho. A las primeras líneas, una mueca espantosa llenó de arrugas amoratadas la grasa de sus mejillas monacales, y sus diminutos ojos lanzaron chispas capaces de incendiar los mechones de su enmarañada peluca.

En una palabra, sus facciones estaban tan descompuestas, que hubiérase dicho que acababan de sufrir un terremoto.

He aquí el contenido de la misiva escrita en papel con el membrete del ministerio de la gue-

rra, llevada por un dragón correo, y de la cual el señor Durand había dado recibo al gobierno.

«Muy señor mío y casero:

»La cortesía, que á creer á la mitología, es la abuela de la buena educación, me obliga á hacerle saber que me encuentro en la cruel necesidad de no poder satisfacer la costumbre de pagar el alquiler, sobre todo debiéndolo. Hasta esta mañana, me había lisonjeado la esperanza de poder celebrar este fausto día, satisfaciendo los tres meses atrasados de mi locación. ¡Quimera, ilusión, ideal! Mientras me adormecía en los ensueños de aquella seguridad, el infortunio, *anankè* en griego, el infortunio, repito, desvanecía mis esperanzas. Los beneficios con que contaba, ¡¡¡Jesús, como está el comercio!!! no se han realizado, y á pesar de las crecidas sumas que debía percibir, sólo he cobrado tres francos, en calidad de préstamo, y no me atrevo á ofrecérselos á usted. Vendrán días mejores para nuestra hermosa Francia y para mí, no lo dude usted, señor Bernard. Así que brillen, volaré á advertírsele y á retirar de su inmueble los objetos preciosos que he dejado en él, y que pongo bajo su protección y la de la ley, que le prohíbe venderlos antes de un año, en el caso que lo intentara con objeto de reintegrarse de las sumas de que es acreedor en el registro de mi probidad. Le recomiendo especialmente mi piano, y el gran marco que contiene sesenta rizos de pelo, cuyos diferentes colores recorren toda la escala de los matices capilares, y que han sido arrebatados de la frente de las Gracias por el escalpelo del amor.

»Puede usted disponer, pues, señor casero, de las cuatro paredes en que he vivido. Yo le otorgo mi permiso y lo ratifico con mi firma.

»ALEJANDRO SCHAUNARD.»

Apenas hubo acabado la epístola, que el artista había escrito en la oficina de uno de sus amigos, empleado en el ministerio de la guerra, el señor Bernard la arrugó con indignación; y como su mirada tropezara con el portero Durand, que esperaba la prometida gratificación, le preguntó brutalmente qué es lo que hacía allí.

—¡Espero, señor!

—¿Qué?

—¡Pues... la generosidad del señor... por la buena noticia!—balbuceó el portero.

—¡Salga usted! ¡Cómo, bellaco! ¿Está usted cubierto delante de mí?

—Pero, señor...

—Cállese usted, salga de aquí, ó más bien, espéreme usted. Vamos á subir al cuarto de este canalla de artista, que se marcha sin pagarme.

—¿Cómo,—dijo el portero,—el señor Schounard?

—Sí,—prosiguió el propietario, cuyo furor aumentaba progresivamente.—Y si se ha llevado el más mínimo objeto, le echo á usted, ¿lo oye? ¡Le echo á usted!

—Esto es imposible,—murmuró el pobre portero,—el señor Schounard no se ha llevado nada aun; ha ido á cambiar para pagar á usted, y á buscar un carro para llevarse sus muebles.

—¡Llevarse sus muebles!—exclamó el señor Bernard.—Corramos, estoy seguro que ya lo está haciendo; le han tendido á usted un lazo para

alejarle de su portería y dar el golpe. Es usted un imbécil.

—¡Ah! ¡Dios mío, qué imbécil soy!—gritó Durand, tembloroso ante la cólera olímpica de su superior que lo arrastraba hacia la escalera.

Cuando llegaron al patio, el portero fué apostrofado por el joven del sombrero blanco.

—¡Oiga usted, señor portero!—gritó.—¿No me da usted posesión de mi domicilio? ¿Estamos ó no á 8 de Abril? ¿No es en esta casa donde he alquilado un cuarto, y no le he entregado la señal en prenda? ¿Si ó no?

—Perdone usted, perdone usted,—dijo el casero,—soy con usted. Durand,—añadió volviéndose hacia el portero,—voy á contestar yo mismo al señor. Corra usted arriba, ese pillo de Schounard habrá vuelto sin duda para hacer sus llos; si le sorprende, deténgale usted, y vuelva á bajar para ir á llamar á los guardias.

Durand desapareció escalera arriba.

—Perdone usted,—dijo el propietario, inclinándose ante el joven así que quedaron solos,—¿á quién tengo el honor de hablar?

—Soy su nuevo inquilino; he alquilado un cuarto en el sexto piso de esta casa, y empiezo á impacientarme porque el cuarto no está vacante todavía.

—Crea usted que lo siento mucho,—respondió el señor Bernard,—pero se han suscitado algunas dificultades con el inquilino á quien debe usted reemplazar.

—¡Señor, señor!—gritó Durand desde una ventana situada en el último piso de la casa,—el señor Schounard no está... pero su cuarto sí...

20583

Que imbécil soy, quiero decir que no se ha llevado nada, ni un cabello, señor.

—Está bien, baje usted,—contestó el señor Bernard.—¡Dios mío!—prosiguió dirigiéndose al joven,—un poco de paciencia, yo se lo ruego. Mi portero llevará á los sótanos los objetos que ocupan el cuarto de mi insolvente inquilino, y dentro de media hora podrá usted tomar posesión; por otra parte, los muebles de usted no están aún aquí.

—Usted dispense,—respondió tranquilamente el joven.

El señor Bernard miró á su alrededor y no vió más que los grandes biombo que antes habían despertado la curiosidad del portero.

—¿Qué quiere usted decir con su «dispense»?... Yo aquí no veo nada.

—Mire usted,—respondió el joven desplegando los bastidores y ofreciendo á la vista del estupefacto propietario un magnífico interior de palacio con columnas de jaspe, bajorrelieves y cuadros de grandes maestros.

—Pero, ¿y los muebles?—preguntó el señor Bernard.

—Están aquí,—contestó el joven indicando el suntuoso mueblaje pintado en el *palacio* que acababa de comprar en el *hótel Bullion*, donde formaba parte de una venta de decoraciones pertenecientes á un teatro de sociedad.

—Señor mío,—repitió el propietario.—supongo que tendrá usted muebles más serios que éstos...

—¡Cómo! ¡Legítimas tallas de Boule! (1)

—Usted comprenderá que necesito garantías para mis alquileres.

(1) Andrés Boule, escultor tallista, natural de París (1642-1732).

—¡Caracoles! ¿No le basta á usted un palacio para responder del alquiler de una buhardilla?

—No señor; quiero muebles, verdaderos muebles de caoba.

—¡Ah, señor mío! Ni el oro ni la caoba nos hacen dichosos, ha dicho un filósofo antiguo. Y además, yo no la puedo sufrir, es una madera demasiado común, todo el mundo la tiene.

—En resumen, ¿tiene usted algunos muebles, sean de la clase que fueren?

—No: ocupan demasiado espacio en las habitaciones y así que hay algunas sillas no sabe uno donde sentarse.

—No obstante ¿tendrá usted una cama? ¿En dónde descansa usted?

—¡Descanso en la Providencia!

—Perdone usted otra pregunta,—dijo el señor Bernard,—¿qué profesión es la suya?

En este mismo momento el mandadero del joven, de vuelta de su segundo viaje, entraba en el patio. Entre los objetos que llevaba atados, sobresalía un caballete.

—¡Ah, señor!—exclamó Durand con terror; y mostraba el caballete al propietario.—¡Es un pintor!

—Un artista, ¡lo había sospechado!—exclamó á su vez el señor Bernard, y los pelos de su peluca se le erizaron de espanto.—¡¡¡ Un pintor!!! Pero ¿no ha tomado usted informes del señor?—prosiguió dirigiéndose al portero.—¿No se había enterado aún de su oficio?

—¡Demontre!—respondió el pobre hombre,—me había entregado cinco francos de señal; cómo podía dudar...

—Cuando usted guste,—manifestó á su vez el joven.

—Verá usted,—prosiguió el señor Bernard afianzando las gafas en su nariz,—puesto que no tiene muebles, no podrá tomar posesión del cuarto. La ley autoriza á rechazar al inquilino que no ofrezca garantías.

—¿Y mi palabra, pues?—dijo con dignidad el artista.

—No vale lo que los muebles... Busque usted piso en otra parte. Durand le devolverá á usted el dinero adelantado.

—¡Hum!—exclamó con estupor el portero.—Ya está en la caja de ahorros.

—Pero, señor mío,—replicó el joven,—yo no puedo encontrar alojamiento en un minuto. Deme usted al menos hospitalidad por un día.

—Vaya usted á una posada,—respondió el señor Bernard.—A propósito,—añadió vivamente, asaltado por una súbita reflexión,—si usted quiere le alquilaré amueblado el cuarto que debía ocupar, en el que se encuentran los muebles de mi inquilino insolvente. Sólo que no ignorará usted que en este género de contratos, se paga el alquiler por adelantado.

—¿Y cuánto querrá usted por ese tabuco?—dijo el artista obligado á pasar por todo.

—El cuarto es muy conveniente, el alquiler será de veinticinco francos al mes, en atención á las circunstancias. Pago adelantado.

—Ya lo había dicho usted, y la frase no merecía los honores de la repetición,—dijo el joven buscando en su bolsillo.—¿Tiene usted cambio de quinientos francos?

—¡Hum!—exclamó el casero.—Dice usted...

—Pues, la mitad de mil, ¡qué tiene de particular! ¿No ha visto usted ninguno?—añadió el artista, pasando el billete por delante de los ojos del propietario y del portero, quienes, á aquella vista, pareció que perdían el equilibrio.

—Voy á darle el cambio,—dijo respetuosamente el señor Bernard;—no tomaré más que veinte francos, pues Durand le devolverá los cinco adelantados.

—Yo se los regalo,—dijo el artista,—á condición de que suba todas las mañanas á decirme el día de la semana y la fecha del mes, las fases de la luna, el tiempo que haga y la forma de gobierno bajo la cual vivamos.

—¡Ah! señorito,—exclamó Durand, describiendo una curva de noventa grados.

—Perfectamente, buen hombre, usted me servirá de almanaque.

—Voy á extender á usted el recibo,—dijo el casero.

Aquella misma noche, el nuevo inquilino del señor Bernard, el pintor Marcelo, estaba instalado en el cuarto del fugitivo Schaubard, transformado en palacio.

Durante aquellas horas, el referido Schaubard iba desempedrando las calles de París, tocando llamada y tropa al dinero.

Schaubard había elevado el préstamo á la altura de un arte. Previendo el caso en que tendría que *oprimir* á los extranjeros, había aprendido la manera de pedir cinco francos en todas las lenguas del globo. Había estudiado á fondo el repertorio de las astucias que emplea el metal para escapar de los que lo persiguen; y conocedor de las mareas mejor que un piloto, sabía las

épocas en que las *aguas* estaban en baja ó en alza, esto es, los días en que un amigo ó conocido acostumbraban á recibir dinero. Esto hacía que en algunas casas, al verle entrar, no dijeran: «Aquí está el señor Schaunard»; sino: «Aquí está el primero ó el quince de cada mes». Para facilitar y al propio tiempo igualar esa especie de diezmo que sacaba provisionalmente, cuando la necesidad le apretaba, de las personas que poseían medios para pagarlo, Schaunard había compilado un cuadro alfabético por barrios y distritos, en donde estaban anotados los nombres de todos sus amigos y conocidos. Al lado de cada nombre estaba inscrito el máximun de la suma que podía pedirles prestado en relación con el estado de su fortuna, las épocas en que estaban en fondos, y las horas de comida con la minuta ordinaria de la casa. Además de este cuadro, Schaunard había organizado una pequeña cuenta corriente perfectamente ordenada, en la que inscribía escrupulosamente las sumas que le habían prestado sin descuidar las más mínimas fracciones, pues no quería gravar su deuda más allá de cierta cifra que tal vez debería heredar de cierto tío normando. Cuando debía veinte francos á un individuo, Schaunard cerraba su cuenta y la saldaba íntegramente de una sola vez, aunque para ello necesitara empeñarse con otros acreedores á quienes debía menos. De esta manera, mantenía en la plaza un cierto crédito que él llamaba su deuda flotante; y como se sabía que tenía la costumbre de pagar apenas sus recursos personales se lo permitían, todos le servían con gusto, si les era posible.

Ahora bien, desde las once de la mañana, hora

en que había salido de su casa para procurar reunir los setenta y cinco francos necesarios, no había podido recoger más que un solo escudo, debido á la colaboración de las letras M, V y R de su famosa lista: el resto del alfabeto, teniendo, como él, deudas que satisfacer, le había despedido con buenas palabras.

A las seis de la tarde, un apetito violento empezó á tocar la campana de la hora de comer en su estómago; estaba entonces en la barrera del Maine, en donde vivía la letra U. Schaunard subió á casa de la letra U, donde se le ponía cubierto, cuando había cubiertos.

—¿Dónde va usted?—le preguntó el portero, saliéndole al paso.

—A casa del señor U...—respondió el artista.

—No está.

—¿Y la señora?

—Tampoco: me han encargado que dijera á uno de sus amigos que debía venir esta tarde, que habían ido á comer á la ciudad: y en el caso de que sea usted á quien esperaban,—añadió el portero,—me han dejado esta dirección,—y alargó á Schaunard un trozo de papel en el que su amigo U... había escrito:

«Hemos ido á comer á casa del señor Schaunard, calle... número...; ven á buscarnos.»

—Está bien,—dijo éste marchándose,—cuando la casualidad quiere, ocurren cosas muy graciosas.

Schaunard se acordó entonces de que se encontraba á dos pasos de un bodegón en el que había comido dos ó tres veces por poco precio, y se dirigió hacia aquel establecimiento, situado en la calzada del Maine, y conocido entre la baja Bo-